



Pensar la sociedad de hoy ante la postmodernidad (II)

Líneas pastorales para la ciudad latinoamericana

Pedro Trigo, s.j.*

Este trabajo es continuación del publicado en el número 730, *El discernimiento desde la ciudad*. En esta parte, el autor aborda las líneas pastorales que se siguen de los discernimientos examinados en esa primera parte. El pueblo de Dios personalizado, sujeto de la pastoral de la ciudad

Para precisar qué pastoral sería adecuada para esta ciudad tendríamos que referirnos a aquellos procesos que corresponden a los discernimientos que hemos llevado a cabo y a la índole del cristianismo. Ahora bien, es crucial que al comprender el cristianismo para ver qué puede esperarse de él, no nos restrinjamos a considerar la acción organizada de la institución eclesial sino, sobre todo, el aporte de todo el pueblo de Dios, es decir de cada uno de los bautizados que viven personalmente su fe cristiana en la ciudad y particularmente la acción de los laicos.

Desgraciadamente se considera a la pastoral en el sentido etimológico como la acción de los pastores sobre los demás miembros del pueblo de Dios o a lo más la acción de los pastores sobre la ciudad, con la colaboración de los laicos. Este tipo de pastoral no puede

...el cristiano consciente, ni a nivel personal ni congregado en organizaciones, instituciones y estructuras, no puede formar parte del orden establecido porque es desorden, violencia institucionalizada, como clamó Medellín, que casi imposibilita la vida a las mayorías y quita la dignidad a quienes usufructúan la situación.

faltar, pero no sólo no es la única sino que tampoco es la decisiva.

Este reduccionismo fue característico de la época de la cristiandad, sobre todo en la última fase postridentina que es la que hemos vivido en América Latina. En este época ser cristiano llegó a ser un elemento de la cultura ambiental, incluso la estructura englobante que daba sentido al conjunto y le marcaba las pautas en lo que respecta al destino definitivo y por tanto de lo que conduce o aparta de él. El concilio Vaticano II significó la aceptación de la sana secularidad a partir de las fuentes cristianas y por tanto de la independencia mutua entre las instituciones ciudadanas y la institución eclesiástica. Es sabido que el documento preparatorio sobre la Iglesia la equiparaba a la jerarquía y justificaba así ese concepto restringido de pastoral. Pero el documento fue rechazado y el que se aprobó consagró como sujeto de la Iglesia a todo el pueblo de Dios. Por tanto la pastoral incumbe por igual a todos los que apuestan por vivir consecuentemente su cristianismo. Congruentemente con esta orientación, llega a precisar que en el cumplimiento de su misión en el mundo los laicos no deben esperar en cada caso directrices de la jerarquía y que corresponde a ellos tanto en el plano personal como en el organizado discernir lo que conviene desde las directrices básicas que traza esta Constitución.

Un indicio de que tampoco en este caso hemos asumido el Concilio es que en la pastoral de la ciudad seguimos pendientes de las cartas pastorales y demás directrices de obispos y presbíteros sin decidirse los laicos, es decir los ciudadanos cristianos a asumir la propia responsabilidad, tanto en la esfera personal como en la de la familia, la de la economía, la de la política y la de las relaciones sociales.

ADENSAMIENTO DEL SUJETO HUMANO: DE LA SERVIDUMBRE AL SERVICIO

Desde lo que llevamos dicho, el primer objetivo de la pastoral es el adensamiento del sujeto humano de manera que crezca en las diversas dimensiones, libere su libertad y la ejerza en la entrega de sí, en la responsabilidad con los hermanos y la ciudad¹, tanto por el cumplimiento de sus deberes y el ejercicio de sus derechos como por el ejercicio deseado y gozoso de vida buena.

Para el cristianismo el sujeto humano se define por la conjunción de dos dimensiones: la condición de hija o hijo de Dios y la condición de hermana o hermano de todos desde el privilegio de los pobres. Estas dimensiones no se dan al lado de otras consideradas menos decisivas sino que las permean modulándolas². Así pues, debe trabajarse por un ejercicio de la política, de la economía, de las relaciones sociales y familiares, del descanso y la fiesta, de la soledad y el silencio que sea expresión de ambas relaciones. Si este ejercicio no existe en una medida apreciable, no es cierto que se vive como hijo de Dios y como hermano de los demás. Ahora bien, si la persona se afina en esa doble relación trascendente, libera su libertad y se capacita para vivir en la ciudad no como mero miembro de conjuntos que recibe de ellos las pautas sino como un sujeto autónomo³ que ejerce su libertad en el servicio.

En efecto, si alguien descansa en PapaDios como fuente real de su vida y en la fraternidad de hermanas y hermanos en Cristo, tiene capacidad, como dice de sí Pablo, para vivir en la abundancia y en la pobreza, en la buena y en la mala fama, acepta de buena gana los dones que son expresión de fraternidad, pero sabe prescindir de lo que hipoteca la libertad e incluso la dignidad. Esa persona, como tiene ya el reconocimiento trascendente de PapaDios y el de los hermanos, no necesita buscarlo en la acumulación de capital, poder e influencias. Esa persona puede dedicarse profesionalmente a algo que, a la vez que le proporcione medios de vida, le dé oportunidades de poner sus dotes al servicio de los demás, sobre todo de los más necesitados.

Hay que decir que el totalitarismo de mercado necesita para su funcionamiento desestructurar a los sujetos o impedir que se estructuren. A eso va dirigida la publicidad de mercancías y la propaganda política y el contrato de trabajo entendido como algo privado en lo que no debe intervenir el Estado. Son las redes de la seducción y las cadenas de la imposición, de las que habla san Ignacio en la contemplación de *Las dos banderas*, como lo propio del mal caudillo, que desde su cátedra de fuego y humo, es decir, desde escenarios espectacularizados, encienden las pasiones y obnubilan el juicio.

Por eso el adensamiento del sujeto humano es el requisito imprescindible

...el primer objetivo de la pastoral es el adensamiento del sujeto humano de manera que crezca en las diversas dimensiones, libere su libertad y la ejerza en la entrega de sí, en la responsabilidad con los hermanos y la ciudad...

para cualquier propuesta sobre la ciudad que sea trascendente respecto del orden establecido. Si no hay sujeto, lo que se proponga se quedará en el papel.

Pero el adensamiento del sujeto no es sólo requisito imprescindible para cualquier propuesta pastoral sino el cauce privilegiado de las propuestas pastorales. En efecto, si vivimos en una época de postcristiandad y de postsecularismo, el modo primordial de ejercer la pastoral es la relación de persona a persona: como una llama prende a otra llama. Si este modo de ejercer el cristianismo no alcanza suficiente relevancia, todo lo demás que se organice será insuficiente para lograrlo. Como se ve, ejercicio de la propia condición de cristiano y pastoral, casi coinciden: ese modo de vivir y relacionarse, a la vez que me adensa como sujeto, contribuye al incremento de la condición de sujeto de los demás.

Este tipo de pastoral primordial supone un cambio muy radical de la noción de pastoral, que ordinariamente se refiere a la acción de agentes pastorales, a proyectos, y no a procesos personales e interpersonales, tanto si se dan en el ámbito del cara a cara como en el social.

Con esto estamos estableciendo complementariamente que no es posible la constitución solipsista, individualista, del sujeto humano. Y por eso estamos expresando también las diversas dimensiones y niveles de la realidad en los que debe ejercitarse, de acuerdo al discernimiento que establecimos.

PASTORAL RESPECTO DE LA HIPERMODERNIDAD: EL SUJETO COMO RESISTENCIA Y PROYECCIÓN PROFÉTICA Y TRANSFORMADORA

La contribución al adensamiento del sujeto, tal como lo hemos comprendido, es así la superación más radical del ambiente de hipermodernidad. En el discernimiento que hemos llevado a cabo de ella hemos detectado por una parte la exacerbación del individualismo que llega asintóticamente a la pretensión de autarquía y por otra a la hegemonía de las corporaciones mundializadas y sobre todo del capital financiero, que han logrado mediatizar casi todo lo demás, empezando por la política. Parecería que ambas características son incompatibles, pero no es así: por el contrario, las corporaciones necesitan para operar sin cor-

tapisas que los seres humanos nos consideremos individuos sin lazos constituyentes ni por consiguiente vínculos obligantes. Por tanto lo contradictorio superior son sujetos que se conciben como fines en sí mismos, para decirlo en términos de Kant, como personas con una dignidad irreductible, pero no como meros individuos sino tan abiertos y respectivos como de suyo⁴; en términos cristianos, hijos y hermanos desde su genuinidad incangeable.

Nos tendríamos que preguntar con toda sinceridad si de hecho el cristianismo contribuye decisivamente a constituir esos sujetos y no individuos heterónomos, que por tanto tienden a aceptar también la lógica de las corporaciones como aceptan aquiescentemente la de la institución eclesial. La pregunta de fondo es si hay muchos cristianos que quieran vivir a fondo esta autonomía y emplearla con todas sus fuerzas en el servicio de aquellos a quienes les son conculcados sus derechos. Que equivale a la pregunta de si se celebra en muchos sitios la Cena del Señor como memoria peligrosa de ese hombre insobornablemente libre que fue condenado por poner su libertad en liberar las mentes y corazones de la gente y que murió con la libertad suprema de entregar la vida que le quitaban. Si nuestro cristianismo no crea sujetos libres y liberadores como Jesús de Nazaret, sujetos densos y conectados, es parte del problema y no de la solución.

Ahora bien, insistamos en que ese sujeto reintegrado se expresa en la asunción de su responsabilidad con los hermanos como seres históricos, sobre todo con los distintos tenidos como inferiores y con los otros absolutos que son los pobres. Por esa responsabilidad el cristiano consciente, ni a nivel personal ni congregado en organizaciones, instituciones y estructuras, no puede formar parte del orden establecido porque es desorden, violencia institucionalizada, como clamó Medellín, que casi imposibilita la vida a las mayorías y quita la dignidad a quienes usufructúan la situación. No sólo debe desolidarizarse visiblemente sino que debe caminar en la dirección de una alternativa superadora. La sola profecía no basta; es imprescindible el evangelio.

Es imprescindible la pregunta de cómo lograrlo, es decir de cómo entablar una pastoral en esa dirección. Volvemos a insistir en que no hay más método

... a nivel nacional es indispensable recrear la participación de manera que los órganos no sean ya de la Conferencia Episcopal sino de todos los cristianos interesados...

que el de transmisión capilar: como una llama prende a otra llama. Tanto persona a persona como en el seno de grupos, organizaciones e instituciones. En el primer caso y también en los restantes esto requiere estar vigilantes y a la altura de cada situación para poder expresar en ella lo pertinente, para dar razón de la postura que se asume, para fundamentarla y hacer ver los costos que implica y las virtualidades que ofrece. En el caso de organizaciones es preciso tomar decisiones también a nivel institucional, lo que encierra mayor complejidad ya que la responsabilidad es compartida; pero el cristiano en ellas no puede dispensarse de dar su parecer en la línea evangélica, haciendo ver los costos y las ganancias para la institución y cargando con los riesgos que implica tomar postura.

Otro tanto tenemos que decir en la esfera de lo político. No vale el pragmatismo ya que la política no es un terreno neutro desde el punto de vista cristiano. Por el contrario, es un campo ineludible de actuación en cristiano porque la manera como se institucionalice y funcione afecta muy negativamente o posibilita a la constitución de los sujetos y a su actuación genuina y solidaria.

PASTORAL RESPECTO DEL POSTSECLARISMO: DESLINDE CON EL PODER QUE POSIBILITA LA INICIATIVA DE LOS CRISTIANOS QUE SE REÚNEN PARA ALIMENTAR SU VIDA CRISTIANA PERSONAL, PROFESIONAL Y SOCIAL Y PARA AYUDAR DE MÚLTIPLES MODOS

La respuesta pastoral al discernimiento del postsecularismo entraña negativamente la superación de cualquier resabio de cristiandad. Es fácil decirlo, pero no tanto llevarlo a cabo porque existen muchos lazos informales amarrados desde la época de cristiandad que operan como leyes no escritas en las que el apoyo mutuo entre la institución eclesial y los funcionarios gubernamentales y las fuerzas vivas se da como un hecho consabido. Esta situación implica la pertenencia de la institución eclesial al establecimiento. Implica, nada menos, que la negación de la sana secularidad, la negación del Concilio, la negación del postsecularismo y la justificación del anticlericalismo y, como derivación, la justificación del anticristianismo. Como se ve, es mucho lo que nos jugamos en mantener el *status quo*

o en operar consciente y consecuentemente el deslinde.

Tenemos que tener presente que el deslinde es ruptura respecto de corruptelas, porque no son otra cosa esos privilegios injustos que nos dan un poder que nos convierte en bienhechores y así nos impide vivir el evangelio, que demanda relaciones horizontales y libres. Es ruptura respecto de autoridades que no aceptan el estatuto democrático, que significa ser mandatarios de los ciudadanos y no utilizar la política como trabajar para sus propios intereses y los de los suyos. Sin embargo el deslinde es clarificación deseada por los políticos sinceramente democráticos, que trabajan por el bien común y están por tanto abiertos a la colaboración con todas las fuerzas vivas, entendidas ahora como movimientos sociales, que contribuyan al necesario y difícil adensamiento del sujeto y a la solidaridad social, que va a contracorriente del establecimiento económico.

Este deslinde posibilita que el pueblo de Dios se dedique a la pastoral que demanda el postsecularismo, que va en la línea de relaciones y grupos que cualifiquen la vida cotidiana en aspectos bien concretos y contribuyan a cambios en la composición del tejido social, esto tanto a nivel de grupos espontáneos que se reúnen en torno a la satisfacción de una necesidad o un deseo compartido de superación concreta, como a nivel de organismos que expresen a la gente interesada en un área concreta a nivel de toda la Iglesia particular.

La razón de esta dirección pastoral viene dada por dos razones: ante todo, la preeminencia de la experiencia en este ambiente postsecularista. La impronta cristiana respecto de la experiencia viene dada por el énfasis en que sea experiencia de la realidad y que de este modo se supere el predominio del puro experimentar, entendido como mera resonancia interior ante un estímulo, en la que lo absoluto es la resonancia y no la relación real. Para nosotros sólo la experiencia de la realidad edifica al sujeto humano⁵. La segunda razón es la movilidad absoluta en la urbe contemporánea donde no existe la pertenencia al entorno donde se vive como existía en la parroquia y en la diócesis del bajo imperio y la edad media.

El documento eclesial que a mi modo de ver ha tomado en cuenta con más consecuencia esta nueva realidad antropológica es el Concilio Plenario de Ve-

El reconocimiento incluye, como un requerimiento específicamente cristiano, la inculturación del cristianismo a las culturas populares presentes en la ciudad y sobre todo en el barrio.

nezuela que se celebró del 2000 al 2005⁶. En él se asienta: “No pocas veces, algunas instancias y organismos eclesiales de nuestro país favorecen estilos de acción paternalistas y un modo de participación más bien pasivo y poco comprometido, y sienten como una amenaza el uso responsable de la autonomía personal”. “Por tal motivo, muchos católicos, cada vez más, si no encuentran lo que buscan en su parroquia o comunidad, van a otro sitio donde puedan recibirlo o, simplemente, dejan de frecuentar a su comunidad”. “Esta nueva perspectiva cultural ha provocado que algunos cristianos, descubriendo las limitaciones de muchas de las actuales instancias de Iglesia, marcadas por un estilo de acción y organización propios de los contextos culturales dominantes, hayan generado algunas propuestas de instancias abiertas, que van generando un nuevo modo de alimentar la vida de fe y de participar en la transformación social. Los miembros de estos grupos abiertos están dispuestos a asumir su pertenencia a la Iglesia, en todos los niveles en los que puedan participar, siendo protagonistas de su acción”⁷.

Según el texto conciliar, tiene sentido que la pertenencia a la Iglesia, en la acepción restringida de institución eclesial, dependa de la posibilidad de participar en ella como protagonista y por eso se justifica que cuando esto no sea posible en ámbitos más institucionalizados por malformaciones de quienes los controlan, se generen propuestas abiertas, tanto para alimentar su fe como para participar de la transformación social que demanda su fe.

Por eso, conscientes de que “en los grandes centros urbanos, las estructuras pastorales tradicionales de las parroquias resultan inadecuadas y ven reducidas sus posibilidades de acción apostólica” (nº 31), proponen, además de la revitalización de lo que existe, la creación de nuevas instancias de participación. Para la revitalización lo crucial es el método: “el primer paso es la conversión de la mente hacia la corresponsabilidad y la participación (...) convocando siempre a todos y de forma sistemática”. “Por lo tanto, la acción pastoral no debe partir de aquello que los responsables de la animación pastoral consideran bueno para los demás, sino de los signos de la presencia de Dios en su pueblo. Por lo mismo debe partir de lo que hay de bien en cada persona y en

el conjunto del grupo humano al que se dirige”. “En este contexto, la misión de los agentes de pastoral será escuchar, abrir caminos, proponer metas, convocar, acompañar, revisar y confirmar en la fe, siendo los compañeros que animan con su fe, constancia y paciencia” (85-88). El presupuesto de este método absolutamente participativo es que el sujeto de la parroquia son, ante todo, no el párroco sino los parroquianos a los que él sirve (28). Y que los parroquianos son sujetos adultos y heterogéneos. El que todos tengan su propio lugar es profecía respecto de un orden establecido excluyente: “Si cada uno de los cristianos puede decir: ‘la Iglesia es mi casa’, daremos ejemplo para que llegue un día en que el mundo sea la casa de todos” (89).

Pero no basta con revitalizar, hay que crear nuevas instancias: “Todas las instancias del Pueblo de Dios, ante una época como en la que vivimos, caracterizada por la emergencia del sujeto autónomo con capacidad de iniciativa y por asociaciones dinámicas, busquen nuevas formas de organización, a encontrar cauces que alimenten nuestra vida cristiana para evangelizar y, como Jesús, para socorrer necesidades. Todos los miembros de la Iglesia favorezcan iniciativas, grupos, comunidades y asociaciones de base, abiertos a todos los que quieran integrarlos (...) pequeñas comunidades cristianas o asociaciones con intereses específicos, como cultivar el espíritu cristiano en una profesión o rama del saber; atender una necesidad particular; animarse, los que pertenecen a un mismo colectivo, en su vida cristiana; sembrar el cristianismo en la sociedad; crear la percepción de una misma orientación cristiana que convoque a realizarla juntos” (93-95).

Sin esta iniciativa múltiple, no es posible realizar una pastoral que responda superadoramente al reto de la postmodernidad.

Si por abajo hay que recrear la iniciativa múltiple, a nivel nacional es indispensable recrear la participación de manera que los órganos no sean ya de la Conferencia Episcopal sino de todos los cristianos interesados: “Las comisiones de la CEV y los departamentos del SPEV reciban un nuevo impulso para que, en adelante, sean órganos de toda la Iglesia, transformándose en lugares de diálogo, encuentro y compromiso de todos los católicos involucrados en cada una

Tenemos que tener presente que el deslinde es ruptura respecto de corruptelas, porque no son otra cosa esos privilegios injustos que nos dan un poder que nos convierte en bienhechores y así nos impide vivir el evangelio, que demanda relaciones horizontales y libres.

de sus áreas de acción, llegando a acuerdos en orientaciones, proporcionando subsidios, acompañando iniciativas, llevando a cabo campañas sistemáticas” (214).

Hasta que de hecho no cambie el sujeto de la Iglesia y consiguientemente de la pastoral de manera que el protagonismo lo lleven los cristianos y los presbíteros sean sus animadores y coordinadores, será imposible que ésta incorpore la versatilidad en las relaciones que caracteriza a los habitantes de la gran ciudad y por tanto quienes vivan en su cultura se sentirán constreñidos y las parroquias y sus organizaciones serán el lugar de personas tradicionales que se sienten aturdidas por tanta movilidad se muevan dentro de los ritmos de antaño y de su orden piramidal.

PASTORAL RESPECTO DE LAS RELACIONES CIUDAD-BARRIO: NO ASISTENCIALISMO NI PROMOCIÓN SINO RELACIÓN HORIZONTAL Y MUTUA COMO ÚNICO CAMINO PARA HACER JUSTICIA QUE NO EQUIVALE A ASIMILAR SINO A RECONOCER LA IGUALDAD DE DERECHOS EN EL PLURICULTURALISMO Y EL INTERCAMBIO SIMBIÓTICO

Lo primero que habría que asentar para responder pastoralmente a este problema es que ante todo la ciudad tiene que reconocerlo, tiene que desnaturalizar una situación que para la mayoría de sus habitantes es asumida como algo no querido por nadie que, sin embargo, está ahí y que hay que contar con que así es la vida. Frente a este modo de afrontar la realidad, que equivale a no afrontarla, tenemos que asentar que las migraciones no son un hecho fortuito sino que responden a la inmensa desproporción entre la calidad de los servicios y las oportunidades de empleo y más en general el tren de vida en la ciudad y en el campo. Expresa, pues, que los gobiernos latinoamericanos y sus élites abandonaron al campo y privilegiaron a la ciudad, tanto en los servicios como en las inversiones. Esta misma lógica, clasista, cuando no expresamente racista, obró en la relación entre la ciudad y el barrio: los venidos del campo. Tenemos, pues, que aceptar que hay un privilegio injusto y una discriminación igualmente injusta. Y tenemos que luchar por revertir esa situación, sabiendo que la mayoría de las veces eso entrañará sacrificios en el propio estatus.

No es válido cristianamente convalidar, al menos pasivamente, y usufructuar el desconocimiento y la explotación del barrio por parte de la ciudad, y para paliar el remordimiento de conciencia, contentarla con algún donativo a alguna asociación que ayude al barrio o con la participación más o menos esporádica en algún programa que ayude algo a algún grupo de barrio. Ni siquiera se hace justicia a la fraternidad cristiana cuando se trabaja por la promoción del barrio, ya que ésta opera desde el paradigma de la ciudad, desconociendo la condición cultural de sus habitantes.

La alternativa pasa por entrar decididamente en el camino de una interacción simbiótica, que entraña el reconocimiento de la condición de sujetos políticos, culturales y espirituales de los habitantes de los barrios, reconociendo, pues, el carácter multiétnico y pluricultural de nuestras ciudades y abandonando la pretensión de que una sola cultura, la occidental americana o la occidental mundializada sea la que dé el tono y reduzca a las demás a la condición de particularidades. Vamos a poner un caso, el de los que viven en la cultura afrolatinoamericana. El caso es sintomático porque, a diferencia de otras culturas, una característica de ésta es la capacidad de nadar y guardar la ropa, es decir de desenvolverse en el seno de otras culturas como pez en el agua y conservar y cultivar también su propia cultura en sus propios espacios, sobre todo la familia. Esta cultura no reivindica lo propio, simplemente lo ejerce con libertad y consecuencia. La consecuencia suele ser que ellos respetan a todos, pero no sucede lo mismo a la inversa. Se los trata o como inferiores o como miembros de la cultura occidental, aunque no sean de etnia occidental. No es fácil pasar de esta actitud de dominio a la de interacción simbiótica en la que se reconoce su ser cultural, es decir a la vez la diferencia y la igualdad de dignidad. En este reconocimiento quienes salimos ganando somos nosotros, mientras que si los tratamos como de nuestra cultura quienes se benefician son sólo ellos. Es el paradigma de Pentecostés, que es el único que es buen conductor del espíritu cristiano, frente al de Babel, que es la expresión de la dirección al de reconocimiento expresa la falta de Espíritu.

El reconocimiento incluye, como un requerimiento específicamente cristiano, la inculturación del cristianismo a las

No es válido cristianamente convalidar, al menos pasivamente, y usufructuar el desconocimiento y la explotación del barrio por parte de la ciudad...

culturas populares presentes en la ciudad y sobre todo en el barrio. El presupuesto es que no pocos cristianos de cultura afrolatinoamericana y suburbana que habitan en los barrios viven su cristianismo como la estructura englobante de su vida desde su más auténtica genuinidad. Estas personas viven, pues, un cristianismo inculturado, aunque las expresiones más institucionales, que no dependen de ellos, sigan las pautas de la cultura criolla de filiación occidental. Ordinariamente no son conscientes de que viven un cristianismo afrolatinoamericano o suburbano; aunque sí lo son que lo viven desde lo más genuino de sí mismos. En cuanto la institución eclesial reconociera su protagonismo sería fácil percibir ese carácter y custodiarlo y profundizarlo. Ahora bien, es crucial que el agente pastoral occidental u occidentalizado comprenda que a él le toca ayudar a que estas personas vivan hasta el fondo su experiencia cristiana; pero que tienen que ser ellas mismas y no él, quienes expresen su cristianismo a su modo. Hay aquí un terreno muy fértil, pero también muy sutil, que requiere mucha finura humana y cristiana para detectarlo y actuarlo.

Entramos ahora a un elemento imprescindible de la alternativa que es producir más riqueza y producirla desde la diseminación de los bienes culturales del Occidente mundializado y no desde su concentración en la élite. Así pues, no basta con repartir más equitativamente la riqueza que siempre se produce socialmente, aunque el modo de apropiación lo oculte. Es necesario producir más riqueza y que la produzca el mayor número posible de sujetos como trabajadores especializados que no sólo saben manejar aparatos sino que entienden su lógica. Esto requiere una transformación en la educación de base y en la formación profesional, que no son ajenas a la expresión de la fraternidad cristiana sino expresión sobresaliente de ella.

*Miembro del Consejo de Redacción de *S/C*.

NOTAS

- 1 Es el nuevo humanismo del que habla el n° 55 de la *Gaudium et Spes*, que se refiere no a la ciudad sino a la historia. Nosotros hemos establecido una sinécdoque, al tomar la parte, una parte muy significativa, por el todo.
- 2 Es el *cantus firmus*, del que hablaba Bonhoeffer en su carta del 20 de mayo de 1944. En *Resistencia y sumisión*. Ariel, Barcelona 1969, 171-172.
- 3 Esta autonomía reconoció y prescribió la Declaración sobre libertad religiosa, *Dignitatis humanae*, del concilio Vaticano II: Constituciones. Decretos. Declaraciones. BAC, Madrid 1966,683-705
- 4 Esa imbricación de ambas dimensiones está bien expresada en la antropología de Zubiri y Ellacuría, *Filosofía de la realidad histórica*. Trotta, Madrid 1991, 265-311.
- 5 Trigo, *En el mercado de Dios, un Dios más allá del mercado*. Sal Terrae, Santander 2003,77-101; Id, *Dar y ganar la vida*. Mensajero, Bilbao 2005, 25-34.
- 6 Trigo, *Concilio plenario de Venezuela, una constituyente para nuestra Iglesia*. Distribuidora Estudios/Centro Gumilla, Caracas 2009, 265-293.
- 7 Documento n°11: Instancias de Comunión del pueblo de Dios para la Misión, números11, 8, 13.